

# René Rodríguez Soriano: La soportable inlevedad del ser

**Por LUIS BEIRO**

Definitivamente, René Rodríguez Soriano es un escritor fuera de lo común. De esos que tratan de sobresalir no por excentricidades individuales o inconductas, sino por la intensidad con que asumen la vida y la creación literaria. Crítico, polémico y contradictorio por excelencia, en el fondo de su ser se halla una de las personas más extraordinarias y talentosas de nuestra historia literaria más reciente. En esta entrevista entramos en su mundo como escritor, en sus consideraciones estéticas, y en el difícil y siempre contradictorio mundo de la literatura dominicana.

## **Acto Único**

Noche del clásico apagón. Ese que ya es parte de nuestra idiosincrasia. El personaje me espera con velas y trementina en la galería. Parece que evoca la frustrada cita del domingo anterior cuando su auto fue roto en dos por un borracho venido del infierno. Aquella vez su rostro no reflejaba la intensidad de ahora. Y no era para menos. La lluvia, entonces, reflejaba en su rostro la ingravidez de los desastres. En esta noche René está dispuesto a contarme su vida. Pero no se la voy a preguntar. He venido solamente a saber una parte de su clásico misterio para llenar la página en blanco con algo más que su talento, con esa soportable inlevedad del gran escritor que es. En la misma galería es el encuentro. Afuera no llueve, y mientras él habla, "tiritan, azules, los astros a lo lejos".

—Nuestra literatura es tan buena como la de otros países "ranqueados" internacionalmente. Sin embargo, nuestros escritores son desconocidos. ¿Marketing, timidez y otros fantasmas?

—No sé qué decir. Hubo un momento en que pensé que podía aflorar un camino, una vía sería de difusión de la literatura dominicana que se escribe en la actualidad. Fue cuando el "boom" de la música, el fenómeno Juan Luis Guerra. Pero realmente hay un mal de fondo, un mal en el sentido del marketing del libro. La gente que está en el negocio lo hace de manera muy tímida y no tiene mucha fe, no tiene confianza o no conoce mucho lo que se escribe. Si vas donde un librero y lo interrogas sobre literatura dominicana, te das cuenta de que conocen muy poco de nosotros. En las librerías sólo se encuentran obras de Bosch, de Balaguer, Marcio Veloz Maggiolo y nada más. Eso no ayuda mucho, pues si los libreros no "empujan", no saben qué recomendar a los lectores.

La mayoría de la gente que está en el negocio del libro, no ha detectado las posibilidades de un mercado en ese sentido. Por ejemplo, no promueven al autor dominicano. Y aunque hay comercios especializados en autores dominicanos, existe una mezcla entre la paja y el grano, y no se sabe qué es lo que vale. Yo no creo que deba promoverse el libro dominicano simplemente por chovinismo, sino por su calidad. Pero en la mayoría de esas librerías se promueve porque es un libro dominicano, y eso le hace mucho daño al libro visto como negocio. Por eso no se fomenta ni se desarrolla. Por ejemplo, la música de Juan Luis, puede tener calidad pero si no hubiera un plan detrás moviendo todo el tinglado del mercado, nada hubiera pasado. Lo mismo ocurre con la pintura y las demás artes.

En resumen, creo que hay un problema del enfoque comercial unido a nuestra "dispersión isleña": somos islas dentro de una media isla, no hay nucleamiento, el libro no tiene una gran importancia en la vida pública.

Yo visualizo el problema en dos puntos principales: el comercial o empresarial y el de los escritores que mantienen, desde hace tiempo inmemorial, una guerra y una tendencia a la exclusión. La historia de la literatura dominicana es la historia de la exclusión. Por ejemplo, en la Era de Trujillo, se

hicieron varias antologías de cuentos, y en la de Sócrates Nolasco no aparece Bosch. ¿Cómo se explica eso? Esa misma situación se viene repitiendo desde siempre. Cada vez que alguien tiene la oportunidad de promover la literatura dominicana, solamente promueve a sus amigos. Esto hace que en el mundo no se vea la dimensión de lo que podemos hacer, porque sólo se promueven amigos del patrocinador u organizador del proyecto.

Otro aspecto es que no ha habido un empresario con agallas para ver la posibilidad de que de la misma manera que nosotros consumimos muchos escritores malos de otras latitudes, en otros países se pudieran consumir los escritores dominicanos buenos y hasta los malos si se pusiera detrás de ellos un aparataje de marketing.

—¿Podrías hacernos una radiografía de tu generación?

—En la narrativa, hay unos grandes momentos. Primero Bosch, nuestro estilista, crea un modelo del cuento rural. Luego viene una literatura de la ciudad y otra psicologista, donde entran Virgilio Díaz Grullón, Sanz Lajara, y otros. Después vienen los del 60, con René del Risco Bermúdez y Miguel Alfonseca a la vanguardia. Con posterioridad llegan otros grupos sin penas ni glorias, pero entre ese intermedio, hay dos figuras que dan un salto y plantean una ruptura con el cuento tradicional: Manuel Rueda y Marcio Veloz Maggiolo. Ellos comienzan a hacer una fusión entre las técnicas narrativas y el lenguaje poético. De ellos hay dos ejemplos muy claros, *La fértil agonía del amor*, de Marcio y *La bella Nerudeana* de Rueda. Esas piezas son de principios de los 80. a partir de ese momento comienza una nueva visión y llega mi generación: Manuel García Cartagena, Ramón Tejada Holguín, César Zapata, Pedro Camilo, y otros más. Unos más que otros, asumimos el instrumental que nos han legado nuestros predecesores, y fusionamos la técnica de la narrativa con el cine, la pintura, la música, dentro de lo cual, el jazz fue una pieza muy importante, porque como narradores, iniciábamos la página improvisando una serie de elementos que interactúan en el relato. Antes de nosotros, hubo gente que trabajó el cuento a partir del cine, pero sólo a través de la mención de actores o cintas. Nosotros empleamos las técnicas del cine y de la música, al servicio del relato. De esa forma, nuestros personajes ya no eran manejados solamente por la pluma del narrador, sino que juegan y se apropian del entorno y de todo lo narrado. Por eso soy del criterio de que varios de nuestros autores tienen obras que definitivamente pueden compararse con piezas de la narrativa clásica y contemporánea de cualquier punto de habla castellana, y quizás de otras lenguas.

—¿Eliges los temas de tus cuentos o ellos te eligen a ti?

—Yo no sé si soy yo quien elige los temas o los temas me escogen a mí, eso no lo he podido determinar nunca. Normalmente me siento frente a la página en blanco, a veces con ideas ya preconcebidas de una historia. Pero al enfrentarme con los personajes de la historia, comienza una especie de diálogo entre ellos y yo, y realmente ellos me vencen. Llega un momento en que ellos comienzan a comportarse como sencillamente son. Puedo concebir una historia y cierta idea de la trama, pero en un momento indeterminado, los personajes pautan su existencia bajo el micro o macro mundo que estoy intentando crear. Y, como diría con mucho o ningún aplomo Felisberto Fernández, "...yo no sé cómo hago mis cuentos, porque cada uno de ellos tiene vida extraña y propia". Sucede que yo tengo mucho tiempo trabajando dentro de la misma área, comunicación. He estado diariamente enfrentado con el público a través de la publicidad, haciendo textos de la exigencia de un spot de televisión o de radio, donde en 30 segundos hay que decirlo todo. Eso exige ser un buen jinete, para que el lenguaje, que es una mula salvaje, no te tumbe. Pienso que eso me ha ayudado mucho a la hora de enfrentarme con un texto largo donde puedo manejar el lenguaje

con cierta soltura.

Cada historia nace, y realmente no sé si ella me elige o yo la elijo. Cada historia, incluso, trae su propia forma de expresión. En mi caso, no existe la preconcepción del autor que dice "en esta historia trabajaré la primera persona, o el diálogo, o el flujo de conciencia". No, cada historia trae su composición química y uno es una especie de armador del rompecabezas para que el lector pueda jugar con esas fichas y sentirse parte del juego.

—¿Entonces, la literatura es un juego para ti?

—En cierto modo, sí. Si el lector no entiende desde el principio las reglas, se sale del juego. Si uno va a un juego de pelota y no conoce el juego, uno se aburre, pero si uno sabe cómo funciona el juego, entonces puede seguirlo y le parece maravilloso. Con la literatura pasa lo mismo, si no se logra hacer que el lector sea cómplice de lo que le estás tratando de contar, es difícil que el lector vaya contigo desde la primera palabra hasta la última.

—¿Crees en lo vivencial?

—Sí, a tiempo completo. Mi literatura está poblada de hechos, de datos y personajes que están ahí, a la mano; muchas veces yo utilizo personajes tales y cuales son, con sus propios nombres, lo mismo los lugares, y confronto la realidad con lo real deseado y con lo real imaginado.

—Eres un escritor original. ¿Cómo has hecho para sacar de tu obra esos fantasmas (influencias) que rondan al escritor y a veces lo hacen caer en trampas y al final lo destruyen?

—Generalmente paso largos períodos de lectura, donde la escritura queda prácticamente excluida. Entonces, cuando escribo, trato de volcar las cosas como las veo y las siento y con mi forma particular de expresión. Pienso que es difícil que puedan aflorar influencias amenazadoras de otros escritores, puesto que el distanciamiento me ayuda a tamizar lo que voy recogiendo en cada fuente. Así que, mientras leo, pasando de uno a otro autor, confrontando estilos y técnicas, y como las lecturas son tantas y tan disímiles, en mi caso, es muy difícil que en mi esponja queden migas químicamente puras. Por ejemplo, uno de los escritores que más leo y que más me apasiona cada vez es el uruguayo Felisberto Hernández. Me llama mucho la atención su sistema de decir. Pero como su lectura para mí es un placer, no siento que su técnica llegue a tocarme (¡y si lo hace, bienvenida sea!). En todo caso, sentirse original ya es una tara que en ningún momento me preocupa o me desvela.

Además, nunca trato de partir de pautas establecidas. Creo que Bosch primero escribió y después se puso a teorizar cómo escribió, lo mismo Cortázar. Ese análisis se hace después que la obra está escrita. Un error de muchos autores es aprender un manualito para escribir.

—¿Desde el punto de vista formal, qué tipo de narración te resulta más difícil?

—Realmente me siento mejor en la segunda persona y también en el monólogo interior (fluir de conciencia). Pero lo más difícil son los diálogos, porque realmente se escapan de las manos del escritor. En los diálogos, la mayoría de las veces el escritor se traiciona, puesto que es él quien habla y no sus personajes.

—¿Cómo quisieras que fuera la literatura dominicana?

—Quisiera que fuera como nosotros mismos. Somos una nación con características propias muy ricas y que definitivamente podríamos entrar en la literatura universal y enriquecerla, con lo que es nuestro entorno, nuestras vivencias, nuestra visión del mundo, nuestra personalidad como habitantes de una comunidad isleña, muy diferente a los grandes países y continentes. Somos una media isla con una idiosincrasia, con una mentalidad, que muy pocas veces logramos poner en blanco y negro, el día que logremos hacerlo, las miradas del mundo se volcarán hacia nuestra literatura.

—¿Qué cuento tuyo quisieras siempre llevar en tu equipaje?

—Su nombre, Julia.

—¿Qué libros de tu biblioteca salvarías de un incendio?

—La casa tomada de Cortázar, La vida perdurable de Juan García Ponce y me quemaría tratando de buscar otros.

—¿Quisieras que tus hijos fueran escritores?

—Uno siempre quisiera que su hijo fuera algo que ellos normalmente no quieren ser.

—¿Si tuvieras mucho dinero, te encerrarías a escribir todas tus vivencias o seguirías viviendo y escribiendo?

—Encerrarme, jamás. Yo no concibo la literatura sin entorno, no comparto al escritor ermitaño; concibo al escritor que convive con la gente, que aprende, que vive, y luego transforma esas vivencias.

—¿Te interesaría hacer cine sistemáticamente?

—Creo que sí, pero realmente no está entre mis planes. Lo que quisiera es escribir novelas.

—¿Seguirás siempre casado con el cuento, aunque escribas novela?

—Sí. Yo escribo cuentos ante la imposibilidad de escribir novelas. No creo que aún tenga la paciencia, el tiempo ni la organización que supone escribir novelas.

**(La Nación, Santo Domingo, R.D.,1998.)**